



ELADIO CABAÑERO: RECORDATORIO

Una historia vulgar

Francisco Gómez-Porro

Para Eladio Cabañero

*No te han parido para dormir:
te parieron para velar
en la larga noche de tu pueblo*
Vicent Andrés Estellés

EL VIGILANTE

De madrugada, a través del patio,
recuerda a este niño, mientras dispone
las hiladas de ladrillo.
Como yo recuerdo a unos niños dormidos
mientras escribo un poema sobre la vida
de Pedro.

Donde la vida es una presencia
que se desgasta en el roce perpetuo
con el mismo suelo,
un pequeño dolor que se acaricia
después de haberlo comprendido,
no hay lugar para la conciencia.
Sólo esta vigilia punzante de lirismo,
esta mirada sonámbula que se desliza
sobre la piel de la muerte ajena,
manchando las paredes de amarillo.

LAS GRÚAS

En los años malos aparecen,
erguidas como mástiles
en el límite borroso de las ciudades.
Algunas puertas del pueblo,
algunas viñas estériles,
algunos patios deshabitados,
conducen a ellas. Siempre lejos.

En los años inclementes,
cuando los brazos pesan
más que el cuerpo y el suelo
se llena de herramientas humilladas,
salen los hombres a buscarlas,
más allá del mosto y de la arena.

Y sus pobres bolsos,
inflados de raíces, pesan,
como si estuvieran llenos de piedras.

RESUMEN:

Este poema, dedicado a Eladio Cabañero, forma parte del libro *La eterna provincia*, de próxima publicación.

Centro de Estudios
de Castilla-La Mancha

EL ALBAÑIL HERIDO

Cierra los ojos.
Recuéstate en una nube.
Cualquier forma es buena
si los andamios engendran cadalsos
y el sol es un cielo de ambulancia
que oprime las pupilas.

Hoy tu cuerpo fue la siega,
y hasta una pared recién enlucida
se convirtió de pronto en una sábana urgente
para la vida que se apaga.
¿Ves? El aire vuela hacia el domingo
sin cimientos ni memoria de tu casa,
y la ciudad indiferente acoge tu cansancio
como un fruto podrido más de su memoria.

Duerme, duerme mientras caes
hacia el suelo de este cielo que es la tierra
cuando se alimenta de la flor que enciende.
A lo lejos, en un lugar del Sur
que nace cada noche cuando vuelves,
ya se marchitan de amor los bordes
de la pámpana. Y una mujer
se desmorona lentamente, como arcilla,
en el centro de una casa.

VELATORIO

Ha muerto mi vecino.
En la penumbra del zaguán
hay varias sillas
recostadas sobre la pared.

Entre todas destaca una,
con el asiento de anea,
más baja que las otras,
erguida como una niña
en medio de una ladera.

Nadie se sienta en ella.
Todos la evitan si pueden.
De una habitación cercana
se desprende, lenta,
la costra de un suspiro.

Oigo toser y llover,
llover y toser. Es de noche.
Hay una silla que nadie elige
para sentarse.

MUDEJAR

Calles de ladrillo,
campos de ladrillo,
rostros de ladrillo.

Y luego, en las palabras,
en los días, en la sangre:
ladrillo, ladrillo, ladrillo.

Nuestra piel amasada,
humilde aparejo de las casas
donde habita, anónimo,
el poema.

